

Hugo Colmenares



LA BODEGA DE LOS CARAMELOS

Novela Breve

COLECCIÓN
Águiles Nazoa

19

FEI

Fondo Editorial Ipasme





COMANDANTE HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS
LÍDER SUPREMO DE LA REVOLUCIÓN

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Jorge Arreaza
Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson
Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme
Lic. Silfredo Zambrano
Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas
Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams
Secretario

Fondo Editorial Ipasme
Diógenes Carrillo
Presidente

COLECCIÓN
Aquiles Nazoa
19

Hugo Colmenares

**LA BODEGA
DE LOS
CARAMELOS**

Novela Breve



Fondo Editorial Ipasme

La Bodega de los Caramelos

Hugo Colmenares

Deposito Legal: lf65120139001622

ISBN: 978-980-401-180-1

Diseño grafico: **Mariano Rosas E.**

Ilustraciones: **Mariano Rosas E.**

Producción: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, Republica Bolivariana de Venezuela.

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: 0058.212.6335330

Fax: 0058.212.6329765

LA GENEROSIDAD de Sabino por su niña Sara Lucía, se convierte en un acto maravilloso en Agua Linda de los Verdes. La bodega de los caramelos, juguetes e instrumentos de trabajo, de pronto se arruinó. Los esposos Sabino y Leonor, fallecen. La muchacha se marcha triste a la India. Regresa en la edad adulta.

Funda una escuela de música. Ahora anciana, los sábados por la mañana se sienta frente a los espejos de la reconstruida casa, para ver en espíritu a la pequeña que se mece en el columpio. ¿Será ella misma? ¿Su difunta hija? Sólo queda una pregunta, que nunca tuvo respuesta. ¿Por qué las galletas que horneaba Leonor, eran tan exquisitas?.

A las memorias luminosas y eternas de Alejo, Eduardo, Pedro, Quintín y Reinaldo Urbina Ramírez.

Los patriarcales hermanos de mi madre María Inés, quienes en sus lejanas casas y familias en los páramos andinos de Venezuela nos esperaban con una legión de primos hermanos y hermanas, las esposas de ellos, sus caballos burros, perros y chimeneas de casas blancas en el viaje de horas felices.

Mas allá de La Cimarronera, Boce de Monte y frente al encanto de Laguna García. A los tíos que nos dieron camino, para que fuéramos de vacaciones escolares. Allí las mesas eran abundantes, sagradas. Llegábamos abrigados por la creencia. De allí la recordación, las voces, los personajes, la infancia, el agradecimiento perdurable a esa tierra mágica de los cuentos y tibio amor de la familia.



Nada había por las calles, ningún hombre,
ninguna sombra, ni búho...

VUELTA A CASA

Ramón Palomares

Poeta venezolano



SARA LUCÍA

EL PADRE DE SARA LUCÍA, Sabino, era un prójimo muy alto. Sombrero ala ancha y guitarra. Jamás sonreía. ¿Quién recuerda su voz? Iba en su brioso caballo de noche. Un caballo tresalbo, porque tenía tres patas blancas. Dicen que no tenía miedo. Nunca se supo por la naturaleza de su mirada, si él estaba contento. Repensaba mucho. Un rostro rígido. La madre de la niña Sara Lucía era gorda, pequeña y muy cariñosa. Un pelo canoso entre pañuelos. Ella despachaba las arvejas, el arroz y el maíz. Su nombre era Leonor.

Sara Lucía siempre tímida y generosa. Las golosinas de la tienda de Sabino, ella las compartía en el primer grado.

-Es la niña más bonita y la más tonta. Decía siempre Francisco, porque a él nunca le regalaron galletas dulces.

- Esas niñas que comen delicias todos los días, las veríamos más cómicos, si fueran de cachetes de vaca asustada. ¡Ay Dios mío, dulces y más lombrices! Decía doña Ida Lina.

– Allá llevan a los dulceros a la Clínica Ratón Pérez del médico Horacio Galicia. Sigán tragando manjares. Decía Patricio.

Sabino era el padre más feliz en Agua Linda de los Verdes. A la casa de la familia de él, su esposa Leonor y la niña Sara Lucía, venían puntualmente todas las tarde, la mayoría de niñas y niños de la escuela, Aparecían para estudiar los números.

Leonor bordaba pañuelos con los nombres de las maestras, que también tenían agasajos en el bazar de exquisiteces. Ludovico, Francisco, David, Omar, Carlos, Héctor, Ramón, Oscar y otros que no se bañaban, creían ser los príncipes de Sara Lucía.

La niña se asomaba los sábados por la mañana, cuando los campesinos llegaban con hermosos trajes sobre sus burros. Traían regalos para ella. Desde la ventana grande de la sala, o sentada y viendo hacia los espejos que retrataban las escenas de la calle.

Sara Lucía veía a las otras niñas. Las mujeres bajaban del lomo de las bes-tias, arreglaban sus largos vestidos. Acomodaban los quesos, huevos, apios y habas para doña Leonor.

– Esas pequeñas son muy tímidas, no quieren jugar conmigo. – Comentaba siempre la hija de Sabino y agregaba: sus peinados elegantes con flores, son bonitos.

– Todas esas niñas se saben de memoria y pronuncian muy bien las oraciones de alabanza a Dios. – Expresaba Sagrario; Sara Lucía se iluminaba.

– A nosotras sólo nos enseñan letras, números, colores y a comer con la boca abierta. Nada más. Respondió Sara Lucía e Isamara señalaba que sí.

– Vamos a pedir que la señora Angélica o la misma Ofelia, nos inviten al Páramo de Las Cocuizas a conocer la laguna encantada.

– Proponía Isamara.

– Esas señoras no tienen tiempo para cuidar hijas ajenas y ellas trabajan mucho, para nosotras distraerlas en la casa de campo.

Respondió Sara Lucía.

Las tres niñas: Sagrario, Isamara y Sara Lucía, dibujaban en cuadernos lo que imaginaban de esos ríos, arboledas, huertas, cielo y zamuros del viento. Sara Lucía esperaba el sábado siguiente, cuando algunas niñas se arreglaban para ir a los oficios religiosos. Se esmeraban como reinas celestiales. Sabino se asomaba desde la tienda para ver dónde estaba su hija. Era el hombre más feliz, cuando todas las niñas saltaban la cuerda y gritaban.

Leonor contaba hasta mil lentamente, para llevar el tiempo que necesita el horno y sacar las galletas. El gato Ciro dormía en el sofá.



EL LUNES

LOS DOMINGOS cuando se regresaba del cine Giraluna, la casa de Sabino era una fiesta. Sara Lucía en un trono nos agasajaba. ¿Por qué el endiosamiento de la niña? Sus padres la tuvieron, ya muy viejos. Siempre surgían envidias por unos dulces más, o un pequeño regalo menos. O quienes, no se sentaban al lado de la pequeña.

-Eres un interesado -le dijo Oscar a Ludovico. -Sólo quieres que Sara Lucía llene tus bolsillos de chocolates.

-Nos vemos en la plaza para que mis puños te hagan callar, cara de envidioso, que sólo sabe rebuznar, respondió Ludovico.

-Ya te veré en el polvo con tus lágrimas, ojos de culebra asustada y no venga a pedir perdón. Eres un necio, ripostó Oscar.

Isamara le robó los vestidos de muñecas a Sagrario, para obsequiarlos a la hija de Sabino, su mejor amiga. Agua Linda de los Verdes estaba rodeada de montañas. Un valle donde las hortalizas y cebollas perladas, eran las mejores del mundo.

La maestra Julia le propuso a Sara Lucía, que no arruinara el negocio de sus padres, con tantos regalos dulces.

– Vamos a guardar una porción de manjares, para compartir en la fiesta de fin de año, proponía la maestra Rosario.

Un lunes a primera hora los poblanos de Agua Linda de los Verdes, encontró el negocio cerrado por quiebra contable. Se acabó la tragada de chuchería en esas casas, calles y salones de clase. Sara Lucía no volvió a recibir tantas visitas.

Leonor creía que su hija podría quedar sola hasta en la escuela y eso no estaba muy bien para una niña de primer grado.

Una mañana del lunes llovió con tanta furia, que el cielo se puso oscuro. Daba miedo. En las casas encendían velas y la gente se asomaba por ventanas.

– Es un día muy extraño, como si fuera el fin del mundo. El último día de la Creación, o no se sabe cómo decirlo. El final de los tiempos.

Leonor exagera con las historias que le suceden en su casa, donde siempre hay un vaso gigante de vidrio lleno de pequeños juguetes y caramelos.

– Ese día Sara Lucía estaba enferma, no había manera de traer al doctor Carrero, ni llevarla al hospital. Dijo una señora que la niña tenía fiebre.

Ese lunes que nunca se borró de la memoria de Leonor, fue el primer aguacero en los días de agosto. La gente del campo estaba feliz. Ella asustada.

A UN ESCONDITE

SABINO COMPRÓ pájaros azulejos, cebras, cotorras, gatos, jirafas, lagartijas, tortugas y venados para hacer feliz a su hija. No le importaba regalar sus sombreros y guitarras. Le gustaba ver volar cometas y globos de papel. La tienda de las delicias ya era un símbolo. Cerró puertas para siempre. Nunca dijeron qué pasó con Sabino, el padre de Sara Lucía. La pequeña Sara Lucía durante tres días no fue a la escuela. Tenía una cinta negra en su mano derecha.

Ella andaba muy cabizbaja. Durante las noches en el almacén no había gente que despachara caramelos, ni arvejas, ni apios. Se escuchaban ruidos. Nunca más se ejecutó la guitarra. Ni se dieron oídos a la voz desafinada de Sabino. Leonor tenía miedo de entrar al negocio. ¿Por qué?

Nunca faltó quién dijera en esos secretos que van de vecina en vecina, que era tanto el dinero de Sabino, que relumbraba solo. Por eso, en las noches los ruidos y luces que prendían y apagaban en la tienda cerrada, eran mayores. No existían fantasmas.

-Es Leonor que arregla monedas de oro en cajones de madera, para sacarlas sobre sus hombros y lomo de mulas a un escondite, decía el soplón Hércules.

-Sabino no amasaba riqueza. Todo lo invertía en caramelos, guitarras y burros. Trabajaba la siembra de cebollas, decía Mirla Tomasa.

- En el mismo negocio están abriendo grandes fosas, para meter toda la riqueza del anciano, aseguraba en sus mentiras David.

- No encuentran las llaves de la tienda. Esas delicadezas se están perdiendo y ni siquiera Sara Lucía se acuerda de ellas, agregaba Carlos.

- Imagino que los ratones se dan un banquete, por eso los vemos como vacas preñadas de tanta glotonería, especulaba Francisco.

- Los gatos no comen dulces y ya vemos que las ratas están a salvo al tragarse las galletas azucaradas, aseguraba Héctor.

- ¿Cuál será el escondite de Leonor, para llevar el dinero y la riqueza de su marido ahora con la pata estirada?, preguntó Omar.

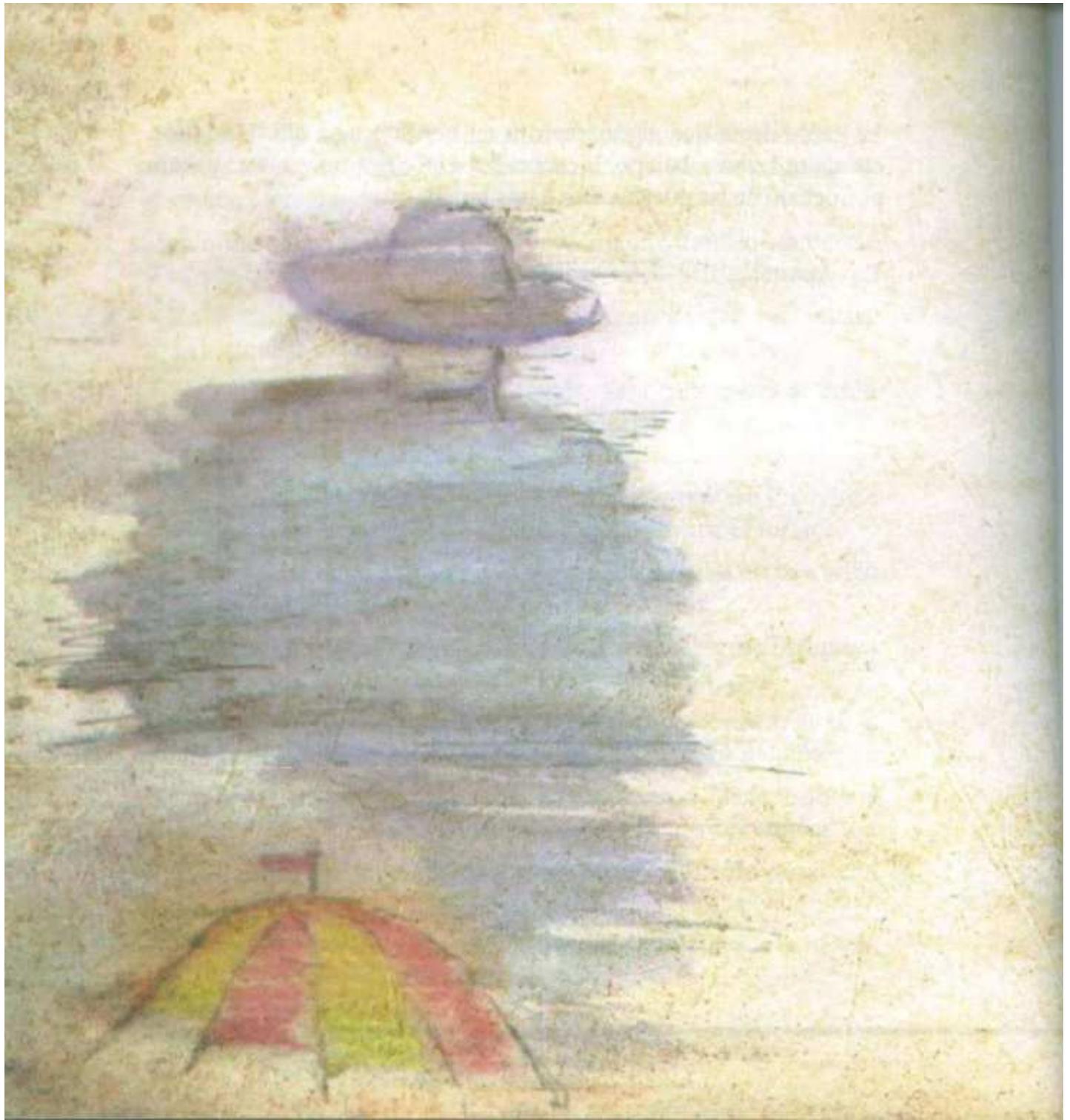
- Leonor sólo tiene deudas y el derroche de bombones arruinó la mejor tienda. Ella no tiene ningún escondite, aseguró Ramón.

Agua Linda de los Verdes perdió la casa de Sara Lucía. Nadie la visitaba. A la niña no la invitaban al cine, ni a fiestas de cumpleaños.

- Esos niños eran interesados y las niñas pasan de largo con muñecas y ni siquiera miran para el patio, manifestaba Leonor.

De noche se volvían a escuchar los ruidos en lo que fue la tienda.

La gente decía que algún espíritu en penas estaba allí. Hasta los animales se asustaban por la oscuridad. Unos relámpagos escapaban por debajo de las puertas. Los gatos huían.



LEONOR

LEONOR TENÍA miedo de dormir. Un bebedizo de hojas secas de naranja la calmaba. Montañas de dulces la tapaban. Ella se convertía en una mamá elefante. Pesadillas de todas las noches. Veía a Sara Lucía enferma.

- Podemos traer gatos de buena cacería, encerrarlos en la tienda de las golosinas, para que acaben con las bestias, decía Leonor.
- La gente comenta, que en la tienda no hay fantasmas. Sino que por las noches, recuentas todo el dinero, comentaba doña Rita.
- No tuve dinero para honrar a Sabino con un funeral de primera, muchos menos para guardar en tanta ruina y descuido.
- Debe ir al mercado, salir a pasear en la hora de la retreta, para que la gente no invente historias de riquezas ocultas, recomendaba Rita.
- Cuando Sara Lucía repartía los confites, aquí venían hasta los perros a buscar el sobrado de los pasteles de carne, recordaba Leonor.

– La gente es muy desagradecida. Yo voy a decir que la tienda será abierta de nuevo y Sara Lucía volverá a regalar sus juguetes.

– Rosa no invente esas mentiras. Sara Lucía y yo vamos a vender la casa. Nos vamos a vivir a San Nicolás de la Lejanía. Ese es el pueblo de los poetas. Un pueblo de mar y lejanía.

Leonor no podía creer que la casa quedara tan sola. Limpiaba la guitarra de Sabino y acompañaba a Sara Lucía con los cuadernos. Sara Lucía pensó que su vida es otra.

Cuando llegaba a la Escuela Hermano Nectario María, sólo Sagrario la invitaba a saltar la cuerda. Isamara se acercó para regalarle a Sara Lucía una muñeca de trapo. Leonor y Sara Lucía ya no eran seguidas por tantas niñas.

Leonor miraba hacia el patio a gatos flacuchentos, como marionetas en la sombra. “*No comen ratones dulces...*” –dijo ella.

En esos tiempos que Sabino debió ir a San Nicolás de la Lejanía, para comprar unos potros. Leonor no dormía durante la noche. Todo la asustaba.

– Siento que la casa es invadida por espantos, fantasmas, arañas, mariposas con ojos grises y azules que se llevan las tejas, las puertas y cobijas.

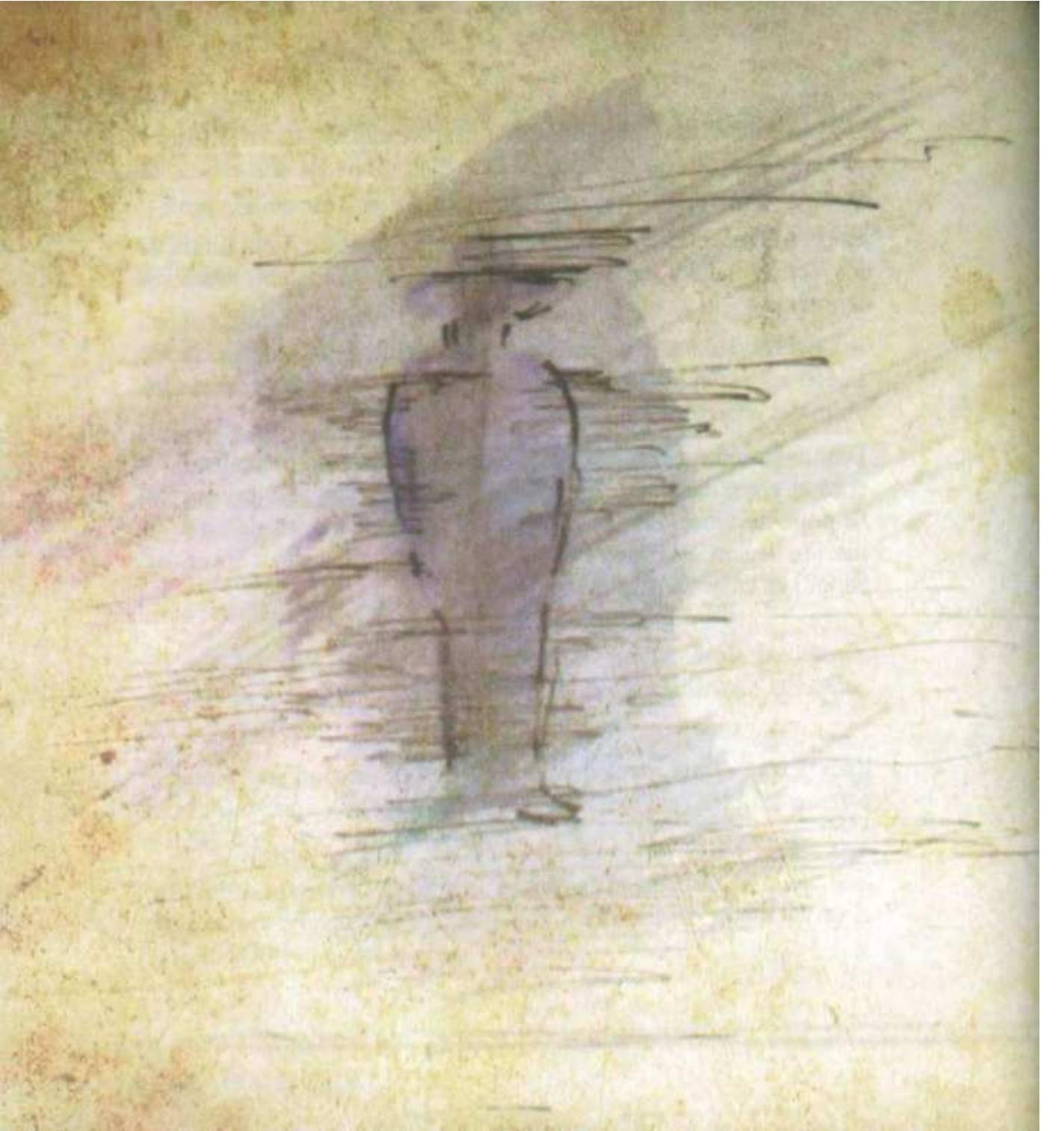
Sara Lucía quería quedarse una hora más en el patio de la escuela, para correr y jugar con las otras niñas. Leonor no podía cerrar la tienda. Sabino no estaba.

– Ha venido gente extraña a comprar vestidos y dicen en otros almacenes, que son timadores. Que esas monedas son falsas. La policía no investiga.

El Circo Hernández llegó anoche y toda la gente de Agua Linda de los Verdes, salió a dar la bienvenida. Sara Lucía fue con todas sus amigas.

– Cuando viene mucha gente extraña al pueblo, dejan enfermedades. Luego aparecen las fiebres, esas alergias. Debe ser la orina de los animales enfermos.

Leonor lleva con dificultad la atención de los clientes. No tiene cabeza para el peso, dar contar el dinero. No conoce muchos productos. Se pone nerviosa. Ella deseaba con el ruego de los ángeles, que su marido llegara. Esa tarde del martes, el horno se volvió a encender. Sabino en casa. Las niñas en el patio.



SABINO

SABINO NUNCA sonreía. Su mirada era penetrante y maravillosa, cuando la niña Sara Lucía regresaba de la escuela. Él sacaba la guitarra y la ejecutaba con maestría. Leonor sentada en el muro del jardín. Las abejas ya no volvieron a buscar miel en las flores. Ni quedaban huellas de esos dulces en esos lugares. La tienda cerraba poco a poco.

- Ya viene muy poca gente a comprar garbanzos, quesadillas y pescado seco salado. Las ventas han bajado, se quejaba Sabino.
- Podemos vender juguetes, cuadernos, libros y sombreros. – Sugirió Leonor, mientras Sabino prestaba atención a la música.
- Las niñas no quieren venir a la casa, porque aquí hay fantasmas, aparecen los muertos y ellas pueden morir del susto, dijo Sara Lucía.
- Podrán morir de tanto comer caramelos, como se caen los dientes y muelas cuando la señora Dulce abusa, respondió Leonor.

– Desde el tiempo que la tienda fue declarada en quiebra, Sara Lucía no agasaja a nadie. Entonces ahora aquí vive la muerte. -Dijo molesto Sabino.

Agua Linda de los Verdes en esos días de sol vigoroso, viento y los campos florecidos, las cometas adornaban los sueños y el cielo. Sara Lucía quería aprender a hacer sus cometas. Buscó un vestido viejo e hizo la cola de trapo. El hilo lo sacó de la tienda.

Los gatos vinieron a rondar en las piernas de los dueños de casa. Tenían hambre. Un olor a carne con cilantro da mucha imaginación. Sabino colocó su sombrero al lado de Sara Lucía. La miró con crecido cariño a su hija. Ella dibujaba su rostro con azul y verde.

Leonor consideraba que la tienda podía convertirse en el mejor negocio de telas y calzado. Sabino parece que deseaba llorar.

– Cuentan en secreto en Agua Linda de los Verdes que Sabino llegó muy joven y era dueño de unos cuantos caballos de buen paso. Consiguió tranquilidad en esta tierra, porque tenía muchos miedos y hasta aquí llegó la huída -Comenta Dámaso.

– Siempre que llega una persona a vivir aquí, le inventan historias de robo de ganado, contrabando de telas y alimentos. Utilización de armas ilegales.- Señala Ovidio.

Sabino siempre estaba a la defensiva. Nunca daba la espalda cuando iba a buscar el dinero, para devolver. No le quitaba la mirada ni al diablo.

– Siempre andaba armado con filosos cuchillos y conoce la violencia, por eso él no tiene amistades. Quien sale es la mujer y la niña., precisa Dámaso.

– Aquí no ha cometido delitos, nadie le puede escupir la cara por ladrón. No se le puede enjuiciar, por nada. No inventemos marranadas, pide Bonifacio.

– Cuando se va de viaje, lo hace a la medianoche. Cree él, que aquí no hay gatos que le siguen las huellas a los asustados por los muertos, revela Isaac.

Sabino tenía amistades de voz baja, que le traían todos los cuentos. Algunas personas consideran, que tanto obsequio de manjares, era para ocultarse.



LOS VECINOS

QUIÉN PODÍA imaginar que todos los vecinos de la casa de Sara Lucía, iban a estar espiando por encima de las paredes, de los árboles, postes eléctricos, ventanas, tejados, escaleras y diciendo mentiras. ¿Qué deseaban?

Cuando llegó el tiempo en que más nunca se escuchó la guitarra del dueño de casa, ni se vendían garbanzos, ni palomitas de maíz azucaradas. Algo pasó. Se corrió la historia entre los linderos de Agua Linda de los Verdes, que la casa de la viuda Leonor, era extraña. Porque allí, nadie podía dormir en paz.

– No han vuelto las vecinas a pedir una pizca de sal, ni huevos, ni cilantro. Se fue Sabino y se acabó todo, para que llegara el olvido, decía Leonor.

– El viernes por la tarde podemos ir al campo, a la casa del tío Silverio, para ayudarlo con el ordeño de las vacas y apañar el café. Comentó Sara Lucía.

Con brochas se escribieron con letras grandes y charetas, frases que molestaban. “*La casa de los demonios*”, “*Aquí vive la bruja*

Leonor". En los cuadernos de Sara Lucía y en la escuela, a la hora del recreo algunas amigas y alumnos, le escribían: "*Sara Lucía tiene piojos*", "*La hija del muerto*". Leonor y Sara Lucía no estaban en su comodidad.

De noche apagaban lámparas y se dedicaban a leer libros.

Leonor contaba la historia de su infancia.

– Desde el solar de mi casa se escucha cuando en la noche, abren fosos para enterrar las monedas de oro que dejó el avaro Sabino, aseguraba Pablo.

– Desde la ventana de mi cuarto, se ve cuando la señora lleva comida a los gatos y luce diamantes, como si fuera la reina de Europa. Manifestaba Mercedes.

– Me subí sobre una escalera y pude ver a la medianoche, cuando la niña Sara Lucía, contaba miles y miles de monedas de plata, comentaba Saulo.

– Se hacen las muertas de hambre y se han guardado la herencia del finado, no le han dicho ni a la familia del luto, señalaba Ramona.

– Desde que dejaron de compartir las exquisiteces, parece que una maldición les arruinó la tienda y ya no salen de abajo. Consideraba Berta.

– Esa vieja como gatos, que se enjuaga la boca con sangre de murciélagos, debe dormir en el infierno, por lo miserable que es. Señalaba Trino.

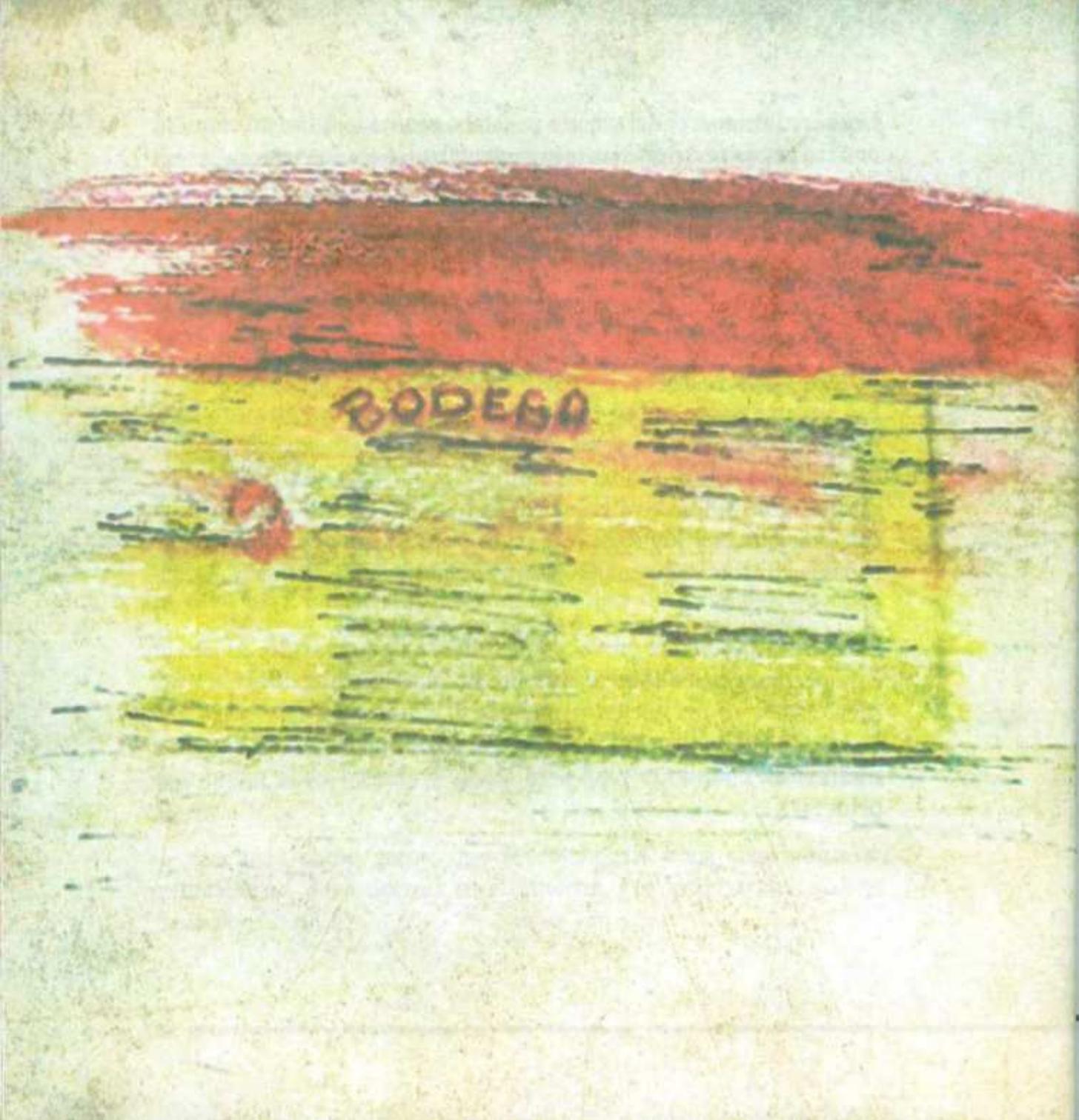
Leonor al amanecer del sábado ya estaba montada sobre un camión, con las pocas pertenencias que le quedaban. Sara Lucía lloraba.

– Nos vamos a vivir a San Nicolás de la Lejanía y la casa la vendimos a unos comerciantes de funeraria, para que todos sean allí bien recibidos.

– No nos olvide doña Ubada, decían vecinos que tuvieron la gentileza de ir a despedir, a quienes no volvieron más nunca a Agua Linda de los Verdes.

Esa misma noche sobró quién viniera a tumbar puertas, techos, revisar debajo de las lozas de la cocina, en busca de tesoros escondidos. Allí no había ni siquiera la mirada de un gato. Los ratones gordinflones ya habían hecho su agosto. Sólo quedó una caja con dulces y juguetes rotos. Los vecinos volvieron a inventar todas las historias, que nadie puede imaginar. Como aquello, difícil de creer.

De que Leonor, había provocado la muerte de su marido. Al año la casa permanecía en total abandono. Los empresarios de las honras mortuorias, al fin abrieron puertas y anunciaron sus servicios. Los vecinos aún en algunos velatorios, sólo hablaban de aquellos momentos, cuando la niña Sara Lucía, era entro-nada como una princesa.



BODEGA

LA TIENDA

MONTURAS LUJOSAS para los caballos y mulas, eran los objetos más llamativos en la tienda de Sabino. Herramientas para el trabajo en labranzas. Los costales llenos de granos y en botella gigantes de vidrio, las cucas. Un encanto.

– Los mejores sombreros pampeanos los venden en ese negocio y son costosos por el lujo, el acabo y duran siglos, comentaba el anciano Inocentes.

– Me gustan las espuelas de plata y esos cascabeles para el arreo de las ovejas. Y las camisas blancas primavera, son hermosas, apuntaba Reinaldo.

– Los machetes alemanes no los venden en ningún negocio de estos pueblos y dan buen filo para cortar la mala hierba y la madera. Registraba Quintín.

Las ruanas de don Sabino hacen historia, porque el chubasco de los páramos no pueden contra esos tejidos andinos, alababa Eduardo.

– Las arvejas, caraotas y garbanzos mejor conservados están en la tienda del hombre de la guitarra. Un buen negocio, reconocía Alejo.

Las mujeres también iban a hacer sus compras para servir la mesa, adornar las camas, lucir sus mejillas o porque podían comprar un buen reloj suizo. El negocio hizo fama entre la gente del pueblo y de los campos. Desde un alfiler chino, hasta un buen par de botines para lucir en las ferias.

La fama en verdad se la daban la intensa variedad de confites de todas las marcas, sabores y calidad que se exhibían. Era mágico, ir a tragar saliva y miel.

– Recuerdo que hace muchos años en el calzado de las mujeres, aparecían números o dibujos de animales que daban derecho a un premio.

– La montura del caballo de mi abuelo Severiano, en las noches se veía la figura, por una cinta fosforescente. Allí se reunían los grillos y ranas a cantar.

Nicomedes y Leoncio conversaban de aquellos tiempos, cuando llegaron los primeros juguetes con batería. Guitarras eléctricas, trenes y luces de colores.

– Las cacerolas de mi casa tienen más de cincuenta años y aún están intactas, porque Sabino vendía objetos de muy buena calidad, recalcaba Leoncio.

– Nunca quiso vender revólveres, ni pólvora, porque le daba miedo. Sabino sí exhibía colecciones de navajas y cuchillos chinos, evocaba Nicomedes.

La Tienda de las Golosinas, el bazar de los confites decía todo el mundo en Agua Linda de los Verdes. Era de allí donde salían los Reyes Magos, para repartir regalos. El mayor lujo de ese negocio, fue cuando las galletas con sabor a coco, traían barajitas con los primeras naves siderales. En una oportunidad, el mismo Sabino contrató luchadores. En el patio de su casa, que era grande, no cabía un fanático más. Sobraban las narices rotas.

– ¿Qué llevó a la ruina la tienda? Se preguntaba Nicomedes, un veterano negociante de ovejas, cerdos, gallinas y novillos. Quien algunas noches, contaba historias fantásticas.

– Dicen que le colocaron en el negocio, unas monedas endiabladas, que en su apariencia de oro, se convirtieron en cenizas. Aclaró el barbero Leoncio.

– ¿Quién puede creer esas tonterías, que parecen cuentos de la antigua España? Se preguntó con ironía Olinto, el otro barbero del pueblo.

Candelario escuchaba y aseguró que era mejor ser avaro. “*No regalar jamás las ganancias del almacén, con toneladas de bombones Ben las escuelas.*” Isidora que ya conocía esos cuentos, sostiene que quienes ganaron fueron las caries y las lombrices, en barrigas de tanto tragón de mermeladas. La noche volvió pronto. La gente se mantenía a distancia de la puerta principal del cerrado negocio. Se cree que los espíritus, aún buscan allí tesoros.



LOS SUEÑOS DE LEONOR

TODAS LAS NOCHES Leonor escuchaba la radio con un sonido bajo. Música del recuerdo. Luego oraba. Ella cruzaba sus manos, boca arriba. Pensaba los oficios de mañana y se fijaba, en qué debía ayudar a Sara Lucía en la escuela. Leonor siempre tenía historias para narrar. Sueños donde ella era la que más observaba.

El paso de elefantes de la India, en el patio de la casa. Otras veces creía que se colocaba alas de mariposas y volaba lo más alto, hasta que encontraba un vacío donde caía, caía y no estaba el fin.

-Los sueños pueden anunciar la muerte, un encuentro con la riqueza y debemos apuntar todo, cuanto se revela en el dormir. Decía la bailarina Magali.

-Siempre olvido lo que sueño, pocas veces retengo imágenes de perros con cabeza de gallinas, que pasan frente al negocio de Sabino, comentaba Leonor.

-Leonor no tiene aliento para andar con esos sueños fantásticos. En la mañana se inventa unas mentiras, para llamar la atención, acusaba Rodolfo.

– Le dije a Leonor que me dictara todos sus sueños, que se hiciera un libro con el nombre de ella. Esos sueños son pequeños cuentos.

– Pensaba Magali.

Leonor en verdad era de poco hablar. Sólo soltaba la lengua con vecinas, cuando la visitaban. Ella servía la mesa con caldos de cebolla, perejil y huevos. El paso de perros a medianoche por el frente del negocio de Sabino, causaba terror. Lo fantasmas de la noche, creía la gente. Perros furiosos o con miedo.

Una casa con puertas carcomidas por las polillas, de pronto tenían olor a frutas. Quien pasaba al otro lado de esos cuartos, se cree no saldría con vida. Una luz de vela se paseaba en la casa de Sabino. ¿Quién la llevaba? ¿Una mujer muy anciana en esas noches y con vestido de rígido luto? No se sabe.

Las tortugas al llegar al jardín y al paso dejaban candela, azufre, vómitos que daban tanto asco. Ese pudre, alcanzaba las orillas del pueblo. Un perro levantaba el vuelo y sus patas y cola, eran los cuerpos de cinco serpientes. Luego el perro regresaba al pie del árbol y moría. Una casa llena de agua, orines, trozos de hierros oxidados.

Un paisaje oscuro y extraño, que no era posible captar en fotografías. Una casa abandonada.

– Sueños horribles y al despertar miro hacia el altar donde está una luz azul, digo una oración. Me despierto antes del sol y la casa es bonita.

– Leonor debe tener esas pesadillas, porque debe comer mucho en la noche y la digestión es más lenta que una tortuga en el barro, responde Ida Lina.

– Mastico muy poco de noche, no me apetece. Creo que son los miedos, que vienen a perturbar mi sueño. Sabino me despertaba.

Isolda fue a la orilla del río a buscar hierbas, unas naranjas amargas y preparó un bebedizo. Esa noche Leonor durmió y las pesadillas no la molestaron. Los monstruos reían debajo de la cama, donde ronroneo el gato Ciro.



LA CELEBRACIÓN

ESAS CALLES de noche larga eran apagadas. Ni una voz en la distancia y en esos pinos y sauces, con barbas por el frío y la humedad. Quienes madrugaban para ir al degolladero de las reses, pasaban como fantasmas asustados.

– En dos semanas se casan Dulce María y José Alfredo. Van a arrimar los mesones de la panadería, para abrir espacio a la orquesta. Revelaba Abelarda.

– Han contratado a dos pasteleros para las exquisiteces. De Agua Linda de los Verdes, han invitado a tres familias y el resto seremos mirones. -Acusó Abel.

– Coincide la boda con el cumpleaños de Sara Lucía, a quien aún no le cantaban su fecha, ni encendido velas. Sabino en eso, no es generoso. Dice Aurora.

Ese era el gran comentario. Toda la curiosidad estaba sobre Dulce María, que se esmeraba en que todo fuera a salir de lo mejor. José Alfredo era muy poco conocido, porque él vivía con su familia en

Isidro de los Molinos, donde sus padres tienen ovejas y cultivos de cebollas.

Llegó la noche del matrimonio. Nadie puede decir cosas desagradables, ni antipáticas contra los novios. Ella muy sonreída. Él lanzaba monedas en la plaza. Sabino lo pensó muy bien. Por otra parte, organizó entre familias cercanas a la tienda, una fiesta en honor a su única hija. Leonor dirigía a quienes preparaba pasteles de carne y arroz. Sabino con su guitarra estaba al frente de la orquesta de cuerdas. El patio con adornos de papel.

– Eran pocos los invitados y la casa se llenó de niñas. Al parecer, Sara Lucía anunció a toda la escuela lo de su fiesta, decía sonreída la abuela Azucena.

Los del matrimonio estaban en su fiesta. Al amanecer se sintió una gran algarabía. El viejo camión donde viajaban los novios, era seguido por la orquesta. La fiesta de Sara Lucía duró hasta el canto de gallos. Se repartieron regalos como nunca antes.

Todas las tortas del mundo fueron ofrecidas. La pequeña de ocho años se durmió. Leonor permaneció en el festejo con Sara Lucía. Sabino bailó a solas. Los músicos estaban con disfraces de animales.

Cuando llegó la hora de hacer la despedida, la gente estaba alucinada. Sabino abrió el negocio por la trastienda y allí había luces de colores. Todas las muñecas comenzaron a bailar, salían de las cajas de plástico. Los objetos animados con baterías, se movían como un cine fantástico.

Sabino hizo lo posible por despertar a su niña Sara Lucía. Estaba profunda. Leonor se maravillaba porque era una sorpresa. La tienda era un espectáculo.

-Pueden pasar de a cinco personas y todo cuanto puedan agarrar con sus manos durante diez segundos, se lo llevan como recuerdo, dijo Sabino.

Musicales con todas las melodías para la fiestas infantiles, se escuchaba en ese lugar ganado por la magia, la hipnosis o la alegría de festejar.

- No es necesario empujar a quien está adelante, tranquilidad, porque hay juguetes y turrone hasta para los ángeles que vienen del cielo, repitió el hombre.

Mientras más juguetes salían del negocio en manos de tanta gente feliz, más juguetes había en ese lugar encantado. Sabino cerró puertas. Poco a poco se fueron apagando las luces. Los músicos retiraban los atriles y pentagramas.

Por esas calles se escuchaba el bullicio. A los pocos meses, la situación era distinta. En ese mismo lugar de los juguetes y los confites, según cuentan, quedó sin respiración Sabino.

Semanas antes, lo recuerdan quienes festejaron a Sara Lucía, habían dicho que el negocio estaba en bancarrota. Leonor era el rostro de la tristeza.



LA CASA ABANDONADA

AQUELLA ENCANTADORA casa de Sabino, Leonor y Sara Lucía, quedó a los años abandonada. Los techos se llenaron de matas, las puertas se las tragó el viento y la lluvia. Poco a poco se perdió el recuerdo de La bodega de caramelos.

-Nadie quiere entrar a ese terreno, ni siquiera a hacer pis, porque da miedo. Se siente que alguien vigila desde algún rincón, comenta Humberto.

-Los domingos por la tarde, contaban algunos cuenteros de la plaza, que allí veían una niña en un columpio. Y allí no vive nadie, precisa Lina.

-Es una casa de misterios, porque después instalaron negocios de ropa, lotería, frutas, arena, ladrillos, panadería y todo iba a la ruina. Señala Freddy.

-Abrieron huecos como si se tratara de la ingeniería de conejos, para buscar monedas de plata enterradas. No se encontró, ni huesos de gallina, dice Celina.

La casa quedó abandonada para siempre. Unos gatos huidizos, de pelambre gris, con ojos encendidos, pasaban veloces. Atrás los murciélagos. El patio se llenó de tierra. Parece que alguien trajo unas gallinas y pollitos, que andaban sólo de noche. Nadie se atrevía ir a robar los huevos.

¿Quién vive en ese abandono, de casa perdida por el tiempo y la soledad? ¿Es verdad que en un cuarto vive una mujer desde hace un siglo? Algunos muchachos cuando regresaban de la escuela, subían a un muro de piedras, miraban por una ventana hacia lo que fue el negocio de juguetes, golosinas y herramientas de trabajo en el campo.

-La mercancía que se quedó en cajas, no fue saqueada. Los vecinos preferían la destrucción, antes de ir a encontrar un objeto hechizado. Manifestaba Celia.

El patio a los años se llenó de hierbas, arbustos. Las habitaciones aún tienen los espejos, donde los pájaros vienen a mirar el jardín y la lluvia. Leonor esa madrugada en que salió muy triste y subió a una camioneta, para ya irse de Agua Linda de los Verdes, con los milenios perdió la memoria.

De Sabino quedaron historias de cuando le daba a Sara Lucía, los bolsillos llenos de dulces, para llevar a la escuela. La guitarra de él, todavía suena. Y eso es otro misterio. Acaso alguien entra escondidas a esa casa de arañas, para ejecutar la guitarra. Es posible que la música, se quedara en las mentes.

-Anoche se escuchaba a Sabino ejecutar la guitarra. Nos asomamos y una luz de vela, iba por el pasillo, como si alguien respirara allí, asegura Manuel.

-La gente piensa muchas cosas, después para convencer, dice que soñó algún misterio. Nada de eso es real, sostiene Roberto Esteban.

-Es verdad, se inventan leyendas. Lo que sí es cierto, es que la casa de noche es de soledad profunda y allí alguien da de comer a los gatos. Piensa Rosa.

Tulio trajo una cámara fotográfica. A eso de la una de la madrugada, hizo fotografías. Se ven las siluetas de un anciano y una niña en la sala de los espejos. Tulio estuvo acompañado por vecinos que durante muchos años, aseguraron que en lo que fue la tienda, quedaron enterrados juguetes, oro y turrónes. Aunque en las excavaciones para el tesoro escondido, no había nada.



EL VIAJE

AMARILLO SOL de la tarde en paredes blancas. Una luz rojiza, perdida en la montaña. Sensación de barcos en lejanías, con destino hacia el jardín. Sólo era imaginación. En la plaza los pinos, golondrinas y campanas del ángelus. Sara Lucía iba dormida aquella madrugada cuando su madre Leonor, la llevaba en brazos.

La niña regresó unas tres veces a Agua Linda de los Verdes. En uno de esos regresos, Sebastián De la Corte le dijo a la ya joven Sara Lucía, que fueran novios. Ella no le prestó atención. Dicen que él enloqueció.

-Es un joven muy tímido y de seguro no le ha dicho una palabra bonita a la hija del finado Sabino. Ella es muy linda y generosa en sus regalos, dijo Rita.

-A qué ha venido Sara Lucía, si no tiene herencia y su madre juró que ni siquiera sus cenizas las trajeran a Agua Linda de los Verdes, preguntó con ironía Francisco.

-Es lo que todo el mundo dice, que a ella le dieron las claves secretas, para encontrar el dinero que su padre dejó enterrado, especuló al decir Hugo Ramón.

-Ni siquiera ha ido a lo que fue la casa de la infancia, porque dicen de la tristeza que tiene Sara Lucía es muy grave, al ver esa ruina, manifestó Alcira.

A las cinco de la tarde, llegó el autobús a buscar a Sara Lucía, quien se hospedada en casa de Esperanza. Se fue con sus lágrimas. No se despidió de na-die. Dijo que era su última visita a la tierra de sus padres, a donde tal vez no volvería, porque se iba a vivir al extranjero con su esposo Germán Buque Sol.

No se dijo a qué país, a qué ciudad o pueblo. Algunas familias recibieron tarjetas postales de Navidad, con su letra. Expresaba frases de la nostalgia. Luego se supo que vivía al sur de la India. Su compañero de vida, un experto en satélites artificiales. Ella, hermosa maestra de guitarra, piano y violín para niños ciegos.

LOS ESPEJOS

TREINTA Y SIETE años después Sara Lucía regresó a su heredad. La historia de su infancia, la figura de sus padres y ese universo primigenio de sus vidas, aún se mantenía en la memoria de Agua Linda de los Verdes. Paredes en ruinas.

– Esa niña que se ve jugar en el columpio no es el recuerdo de Sara Lucía, debe ser el espíritu de algún ser que vivió en siglos anteriores, comenta Olga.

– Desde la misma hora que se cuentan falsedades, mentiras y acomodo de historias, la gente repite. Se cree en lo que no pueden constatar, refuta Hugo Mario.

Sara Lucía contrató a unos obreros para terminar de tumbar los techos, echar agua. Que el polvo se borre para siempre. Ella quiere edificar allí una escuela.

– Cuando vivía Sabino, en la esquina del negocio de las finuras, en días de enero, instalaban telescopios, para visitar la Luna y Marte, recordaba Juan Alberto.

– No tuve infancia en la época. Escuché decir, que de los espejos de la casa embrujada, salen jinetes. Esas bestias al galope dejan huellas de fuego, dice Alba.

-Quienes no conocen la historia de la casa de Sabino y Leonor, se inventan proyectos para montar negocios de telas, funerarias, panaderías, precisa Macario.

– Algo extraño, maligno o hechizado debe existir en esa casa, donde los espejos se mantienen limpios, como si fueran mágicos, explica Cándida.

Es desde la imagen de los espejos, donde ven salir a una niña de vestido largo, trenzas, como si fuera de la época de un Londres del siglo dieciocho. La niña juega a solas. Los pájaros posan en su sombrero y de su larga cabellera trenzada, salen pájaros y grillos. Una luz de luna en el pozo de agua estancada.

No se puede decir, si los espejos son limpiados por algún vecino o señora que hace el favor. La verdad es que nadie entra a esos cuartos desatendidos. El domingo por la tarde se escuchaba la música de una banda. Una niña ciega corría detrás de otras pequeñas. El bullicio y ese olor a flores recién cortadas.

¿Desde qué lugar se pueden apreciar los espejos? ¿Por qué Sara Lucía no ha entrado a la sala principal de la que fue su casa de la infancia? Los espejos se ven desde unas ramas de unos árboles de naranjas. Uno se acomoda allí en la sombra de las hojas y se ven los cristales y el encanto. Sara Lucía no habla con nadie. Vive en casa de unos familiares. Allá han ido a visitarla las amigas del primer grado. Ella habla de su vida en la India.

– Los obreros iniciaron el retiro de escombros. Las paredes deben ser derrumbadas. Allí nunca hubo tesoros escondidos, ni espejos mágicos, dice Sara Lucía.

– Durante años se ha dicho que en la sala están los espejos, de donde salen personas, cabras gigantes, carruajes, perros de cacería, espantapájaros, dice Sagrario.

– La gente tiene buena imaginación. Me han dicho que allí viven los gatos del castillo de Valeria y no es cierto. Sólo basuras, es lo que quedó en ese lugar.

Sara Lucía al año convocaba para la inauguración de la escuela de música par niños ciegos. La casa volvía al resplandor. Los espejos aún están allí. De noche se apagan todas las luces. Se cierran puertas, para que no entre la brisa y la humedad.

La sala de los espejos, se alumbraba sólo con velas. Aún sigue con vida aquella niña que juega en el columpio. Dice Sara Lucía que debe ser el espíritu de su hija, que murió hace más de treinta años. Sabino y Leonor aparecen desde uno de esos salones. Los ancianos hacen oficios, como arreglar los cuadernos. La maestra Sara Lucía los lleva de la mano.

Los espejos donde están los caballos y sus patas de fuego, no se pueden movilizar. Quien intente mover los cristales, sabe que le caerá una maldición eterna. Al finalizar las clases los niños y niñas invidentes, recibían siempre un bocado de frutas, tartas o mermeladas. Sara Lucía evoca la generosidad de Sabino.



EL PROFESOR

VINICIO CEBADA era un tímido profesor de violín, quien llegó a Agua Linda de los Verdes, invitado por Sara Lucía. Sus composiciones musicales las dejaba ejecutar en las fiestas de la Escuela Sabino, Luego esas obras, pasaban al olvido.

– Cuando niño soñaba con ser el mejor violinista del mundo, porque mi abuela Rosa Matilde, me contaba la vida de los grandes compositores.

Vinicio Cebada no recuerda con precisión, cómo era la casa, el mundo de sus abuelos en Catalina de los Vientos. Sólo sabe que sus antepasados eran bailarines.

– Mi familia pertenecía a una tribu de artistas populares y mi padre, Felipe Mira Gallos era el mejor fabricante de mermeladas, juguetes y guitarras.

Antes de comenzar la clase Vinicio Cebada escuchaba historias fantásticas de la Tienda de las Golosinas, por lo que se animó a

escribir un libro de cuentos. Todas las mañanas el profesor de violín escribía.

El sábado por la mañana Sara Lucía dedicaba las horas a leer lo que son recuerdos de la tienda de su padre. Era increíble saber, que pese a los años, la mitología, las invenciones de personajes y hasta lo más absurdo, esta en esas memorias escolares.

– La tienda de las delicadezas de Sabino, venían los marcianos a conocer la Tierra y muchos de ellos se quedaron, encantados por los caramelos, decía Maura.

– Sabino era un mago y cualquier confite, él lo transformaba en el mejor por el sabor, la abundancia y esos colores de frutilla con miel, recordaba Gerardo

– Sabino compraba juguetes de madera, de batería, muñecas de trapo. La tienda era maravillosa, como sueño de hadas y reyes de la fantasía. Evocaba Julia.

Esas eran las voces que el maestro del violín, Vinicio Cebada, encontraba en las horas de clase, en el comedor del mercado, en la plaza y hogares. Sara Lucía sabe que muchas de esas evocaciones, de esa niña que recibía regalos de emperadores, era ella misma en la edad de la inocencia. Años más tarde escuchamos la obra musical La Tienda de las Golosinas, una suerte de ópera con voces blancas, que compuso el maestro Vinicio Cebada.

AL ATARDECER

MUCHÍSIMOS siglos han pasado de cuando Sabino era un niño en el campo. Ayudaba a llevar las ovejas, arrear las vacas al ordeñadero, guiar los animales al río, retirar la hierba de las matas de maíz y traer leña del monte. Recuerdos.

Sabino procuraba que antes del alba, ya estuviera bajo un sombrero, un abrigo roto en medio de ese campo y páramo. Un frío entre los huesos. El rocío.

Se esmeraba para que la faena se cumpliera con disciplina, según decían las tías Juana, Emilia, Antonia, María Inés, Rosaura, Carmen, Eduvina y Teresa. Esperaba como premio que *“me llevaran como jinete a Laguna de García, a la tienda de Antonio Medina y comprar por mi cuenta, los dulces que quisiera...”*.

Ese sueño nunca se le cumplió. Ante la ausencia de los tíos Alejo, Asunción, Eduardo, Esteban, Filadelfo, José Mercedes, Luis, Miguel Ángel, Quintín, Reinaldo, Ricardo y Vicente.

Él y Nicolás eran dueños de casa. Al atardecer llegaban mulas, burros y caballos jadeantes, de remontar cuestas infinitas.

Se ayudaba a bajar el mercado De inmediato se daba agua a los animales. Era el tío Reinaldo quien a la hora de la cena, sacaba puñados de caramelos para quienes estaban en la mesa, comentando el trabajo del día.

Todos los niños y las niñas también, daban memoria minuciosa del trabajo con las gallinas, traer agua a la cocina, remendar, vigilar la huerta.

– Cuando sea grande, le daré turrónes a todos los niños de mi vecindad. – Se decía con entusiasmo el niño Sabino y así lo cumplió siendo el padre de Sara Lucía.

PREGUNTAS

SARA LUCÍA deseaba siempre a lo largo de su vida como profesora de música, honrar a su padres Sabino y Leonor. Tenía hermosos recuerdos de la infancia. Siempre que escuchaba las campanas del ángelus, ella se hacía preguntas.

¿Era mi padre Sabino, un mago? ¿Dónde conoció mi madre Leonor a Sabino? ¿Es cierto que vivían en la mayor riqueza y luego llegó la ruina? ¿Por qué mi padre daba la mayor parte de la ganancia de su negocio a los bombones, anises, finuras, juguetes y ayudas en la escuela? ¿Cuántos sombreros me regaló mi padre, para cuando yo fuera mujer y saliera de paseo en esos trenes? ¿Fue él, Sabino, un niño de tristezas? ¿Es verdad que él fue el dueño de un castillo secreto, donde su novia imaginaria, tenía perfumes, cartas, vinos, manzanas y lunas sólo para él?

¿De qué manera tan espiritual Leonor amaba a mi padre Sabino? ¿Cuándo niño que soñaba con ser el niño Sabino? ¿Cuántas guitarras pudo comprar el? ¿Recordaba Sabino el primer día que me llevó de la mano a la escuela y me puso en manos de la maestra? ¿Cuánta

alegría de él, cuando leía mis letras? ¿Leonor sabía que Sabino era un poeta que no escribía versos y celebraba la dicha de todas las amigas de mi aula?

¿Cuáles eran los cuentos de mi padre? ¿Por qué Sabino le gustaba salir conmigo a la ventana a ver cada una de las estrellas? ¿A qué países de la fantasía viajaba él, para llevarme sobre sus hombros? Sara Lucía escribía cada pregunta. Lloraba. Recuerdos vivamente felices. Regresó sola, sin su marido, ni su hija a Agua Linda de los Verdes. Soñaba.

LA TARDE

TODAS LAS TARDES Sara Lucía se arreglaba, como si fuera a una fiesta. Se acomodaba con un libro ante la ventana que deja ver hacia las montañas del sur. Escuchaba con emoción y ternura la obra para violín *Meditación* de Jules Massenet.

Allí estaba el lugar perfecto para esconder sus lágrimas. No conversar con nadie más. Se escuchaban los ensayos de los violines. Crepúsculo de la tarde. Germán Buque Sol aparecía en esas imágenes de la memoria. El hombre que ayudó a enviar satélites a las estrellas. Ya no vendría, jamás, a darle un beso.

Ella estaba junto a un cuaderno y tinta verde. No escribía. La Tienda de las Golosinas encantadas la dibujaba con gracia. Esa niña de vestido largo es ella misma. Sara Lucía jugaba con las muñecas. Esa tierra de colores se pega a la cartulina y se hace una casa, para que Sabino y Leonor vengan a vivir en el sueño.

El gato *Ciro* se asoma en la ventana. Ambos se miran con cariño. *Miau. "Hola miau *Ciro*..."* El viento mueve las hojas. El último resplandor en la tarde.

Los sonidos de las guitarras, pianos y violines llenan la casa de júbilo. Los profesores entonan las notas musicales. En la noche va a llover, las nubes están muy pesadas. Sara Lucía apagó la luz. Bajó al patio. Todos se habían marchado. La señora Mercedes arreglaba las sillas. Una niña entró al salón de guitarra. Se escucha la melodía.

— Esa es la niña que se quedó a vivir en espíritu, luego que fue cerrada la tienda de las golosinas, dijo Mercedes a Sara Lucía y ambas sonrieron.

LAS GALLETAS

EN VERDAD la bodega de Sabino y Leonor tenía un encanto que era difícil de explicar. Iba más allá si la niña Sara Lucía llevaba a la escuela y vecindad, confites y juguetes. Nunca faltaron las especulaciones y se llegó a la calumnia, porque nadie tenía las pruebas.

Sucede que muchos ancianos y ancianas desaparecían en Agua Linda de los Verdes y se creía, que esas personas siendo cadáveres, las metían en el horno y con las cenizas, se preparaban galletas.

Otras personas aseguraban que algunas familias, llegaban a vender a sus difuntos, para ahorrarse el dinero de las honras fúnebres. No importaba que a esos seres, luego la gente se los comiera entre caramelos, palomitas de maíz y miel.

— ¿Qué pasó con la señora Alegria Durazno?, se preguntó Angélica, la señora dueña del taller de tejidos de hilo.

Otros vecinos enumeraron nombres de personas y se averiguó sobre sus velatorios en funerarias. No dieron explicaciones. Se preguntó,

si algunos supuestos desaparecidos, habían viajado con familias a otros pueblos.

Se creó un misterio, del cual nadie quería averiguar muy a fondo. Aunque todas las tardes, las filas para comprar galletas, nunca disminuía en la tienda de las mejores tortas en Agua Linda de los Verdes. Francisco Enrique De los Naranjos que era un esmerado lector de periódicos y asistía al cine todas las noches, desde hace más de cuarenta años, dijo con mucha solemnidad, que ese cuento de las galletas, era totalmente falso.

Y aseguró en esas tertulias, en los altozanos de la Basílica, que esa historia de muertos y galletas, era argumento de una película estadounidense, de los setenta.

Ciertamente, lo que contaba el muy envejecido maestro De los Naranjos, no le importaba a nadie. Más bien, era motivo de burlas despiadadas. Por lo contrario, se dijo que a ese señor, era el más convidado, por los dueños de la pequeña fábrica de galletas.

Otras voces en el mercado, aseguraban que era muy larga la lista de personas letradas, que deseaban ser llevadas al horno, cuando estiraran las patas. Para que sus cenizas recibieran una lluvia de azúcar, colorante y grasa de gallina vieja. "*Tener la dicha, de ser llevados a platillos*", un domingo en la tarde, cuando la familia festeja un triunfo deportivo.

LOS CUADERNOS DE SARA LUCÍA

TODAS LAS TARDES Sara Lucía escribía en un cuaderno, cada uno de esos recuerdos que ella aún registra, de cuando ella era la niña, la princesa, la entronada en la Tienda de las Golosinas, como todos evocan en Agua Linda de los Verdes.

Escribía porque en cada conversación con gente del pequeño pueblo, la gente le contaba historias un tanto exageradas, de cuando los toros de candela, cohetes y brujas. Más de setenta y ocho cuadernos han quedado ordenados en esas gavetas. La lista de niñas que iban a su casa y los niños que subían a los tejados a elevar cometas.

La memoria de los abuelos, tíos, los animales que estaban en la finca. Aquellas mujeres que venían de lejos, para ayudar en la cocina. Las voces de quienes rezaban por los muertos. La manera como las maestras, enseñaban el abecedario.

Los lugares que ella apreciaba cuando iba o regresaba de la escuela. Los cuentos que contaban Sabino y Leonor.

Muchas historias que contaba la gente del campo en el negocio de su padre y que luego Sabino repetía en la hora del almuerzo. Los secretos de señoras, que llegaban todos los días. Sara Lucía escribía unas cinco páginas por tarde.

Ella consideraba que eso no era literatura de la memoria, sino esas sombras que la perseguían desde la infancia.

Allí estaban las miradas de otros niños, a quienes ella les llevaba a manotadas caramelos y juguetes, según la orden de su padre Sabino. Sara Lucía dejó su escritura en un lugar de fácil encuentro. Se hizo una anciana. Ella iba los sábados por la mañana a mirar a los espejos, donde en realidad, vivía la hermosa niña de los caramelos, entre el piano y el columpio.

En esa locura de la ancianidad, también estaban a la misma edad, otras mujeres y hombres que conocieron la maravillosa generosidad de Sabino.

En Agua Linda de los Verdes y en esos sábados largos, por las mañanas, los curiosos desde la calle, decían que la niña del columpio y los caramelos en el espejo, era la misma Sara Lucía. Otros, consideraban que era la difunta hija de la profesora de piano.





INDICE

Sara Lucía	10
El Lunes	14
A un Escondite	16
Leonor.....	20
Sabino.....	24
Los Vecinos	28
La Tienda	32
Los Sueños de Leonor.....	36
La Celebración	40
La Casa Abandonada	44
El Viaje	48
Los Espejos.....	51
El Profesor	54
Al Atardecer	57
Preguntas	59
La Tarde	61
Las Galletas	63
Los Cuadernos de Sara Lucía	65

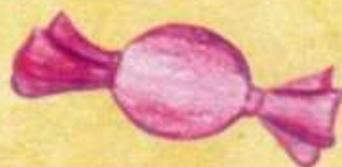


Esta edición de 5.000 ejemplares
se imprimió durante el mes de agosto del año 2013,
en el Taller de P&P Producciones Gráficas C.A.
en Caracas, República Bolivariana de Venezuela.

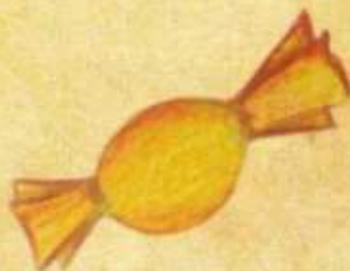




La generosidad de Sabino por su niña Sara Lucía, se convierte en un acto maravilloso en Agua Linda de los Verdes. La bodega de los caramelos, juguetes e instrumentos de trabajo, de pronto se arruinó. Los esposos Sabino y Leonor, fallecen. La muchacha se marcha triste a la India. Regresa en la edad adulta.



Funda una escuela de música. Ahora anciana, los sábados por la mañana se sienta frente a los espejos de la reconstruida casa, para ver en espíritu a la pequeña que se mece en el columpio. ¿Será ella misma? ¿Su difunta hija? Sólo queda una pregunta, que nunca tuvo respuesta. Por qué las galletas que horneaba Leonor, eran tan exquisitas.



**DISTRIBUCION
GRATUITA**
PROHIBIDA SU VENTA



Ministerio del Poder Popular
para la **Educación**

IPASME

